

### **Capítulo 3. Sociogénesis del síndrome del poder/conocimiento (fragmentos)**

“La única arma que los habitantes de la era premoderna aprendieron a usar para defender su seguridad, aunque débil, y combatir el peligro, era su propia “sociabilidad densa” (Philippe Ariés), el “complejo juego de las relaciones humanas (Robert Muchembled).

(...) los medios disponibles de producción de la seguridad (y, en rigor de verdad, las condiciones fundamentales de la cohabitación humana), por más eficaces que hubieran podido ser en el ámbito tradicional, reaccionaron mal a la ampliación de su espacio social. Por su misma naturaleza, sólo podían funcionar en un grupo relativamente pequeño y un territorio relativamente limitado. (...)

La seguridad basada en la “sociabilidad densa” no podía trasplantarse a un marco social expandido o fluido, dado que la aptitud esencial utilizada en su producción era la capacidad de hacer del “otro” alguien familiar, transformarlo en una persona plenamente definida con una posición fija dentro del mundo conocido. Esta aptitud podía aplicarse a todos los “otros” en la medida en que se mantuvieran constantemente “a la vista”. (...) Las suyas eran comunidades perpetuadas y reproducidas por la observación mutua. Esta “transparencia”, que los escritores de las utopías modernas soñarían como un signo de la sociedad ideal, era una realidad cotidiana; un producto natural de la exposición total y permanente de la vida de todos y cada uno de los miembros de la comunidad a la mirada de todos los demás. Sin embargo, si era así, entonces los límites de esa mirada definían la dimensión del mundo en el que podía producirse y mantenerse una vida social segura.

El mundo pequeño y estable y por lo tanto estrechamente controlado del hombre premoderno sufrió una intensa presión en el siglo XVI, para ser irremediamente destrozado en el siguiente. En el caso de Inglaterra, el comienzo de esa presión se situó en el medio siglo posterior a 1590; fue entonces cuando empezó a sentirse “el impacto de la carestía y la peste, junto con la pobreza y la vagancia”, acentuadas por el crecimiento de la población. Pero al margen del auge demográfico, el reordenamiento de la propiedad de la tierra y un incremento conexo de la eficiencia de la tecnología agrícola impidieron que las comunidades rurales tradicionales absorbieran nuevos jornaleros y dieran de comer a más estómagos. Una cantidad creciente de hombres y mujeres pasaron a ser económicamente superfluos, y por lo tanto quedaron socialmente desamparados. (...)

El cambio tuvo dos consecuencias conexas ambas altamente visibles y experimentadas por los contemporáneos como el derrumbe del orden social. La primera fue la aparición repentina y la expansión numérica continua de “hombres sin amo”, peligrosos de acuerdo con todas las pautas sugeridas por las bases tradicionales del orden social, dado que se mantenían (o, mejor, se movían) más allá del alcance de cualquiera de los métodos existentes de control y regulación social. Los “hombres sin amo”, no pertenecían a ninguna parte, no tenían ningún superior que fuera responsable de su comportamiento y ninguna comunidad concreta –aldea, ciudad o parroquia- que les exigiera obediencia a cambio de los medios de subsistencia. El segundo resultado fue la súbita afluencia de “vagabundos” (los mismos “hombres sin amo”, pero vistos y definidos en su otra condición de población nómada y sin hogar) al pequeño e inflexible mundo de las comunidades locales. (...)

La separación de la población vagabunda y sin amos en una categoría propia y la atribución a ella de facultades siniestras y peligrosas era un reflejo de la inadecuación de los medios existentes de control social. (...)

La reacción ante los síntomas de bancarrota del control social consuetudinario fue rápida y radical.

Para comenzar, el concepto tradicional de los pobres como bendecidos por Dios y objeto favorito de la caridad cristiana fue sometido a una revisión exhaustiva y general. (...) La nueva definición socialmente aceptada de los pobres se centraba en el oprobio moral asociado a la incapacidad de ganarse la vida. Lo que importaba no era tanto la influencia ennoblecedora del trabajo, como el hecho de que trabajar siempre implicaba tener un amo, pertenecer a una comunidad y mantenerse por otra parte a la vista, y por lo tanto bajo control. Por su lado, estar marginado del trabajo era escapar al control social, ser “socialmente invisible”.

El impacto más seminal de esta superfluidad masiva que hizo explotar las comunidades como unidades esenciales del orden social consistió tal vez en el desencadenamiento de una serie de iniciativas legales que, a largo plazo, transformaron por completo el papel del estado en la reproducción de la sociedad. Las comunidades no podían hacer frente a los nuevos problemas. No tenían recursos económicos suficientes. Sobre todo, el sistema de control comunal “yo te observo, tú me observas”, que antes funcionaba tan fluidamente (y por lo tanto pasaba inadvertido) se resquebrajó una vez debilitada la reciprocidad fundada en una pertenencia conjunta. La crisis resultante exigía un cambio de frente del poder social.

Michel Foucault llamó la atención de los historiadores sobre la emergencia de la “vigilancia” o “poder disciplinario”, el desarrollo de la “mirada técnica de control social” que se produjo al principio de la edad moderna e hizo de ésta un período de adiestramiento corporal y regimentación escrupulosa de todos y cada uno de los aspectos de la conducta humana. (...) sin embargo, (...) ese poder no era nuevo; no nació con la llegada de los tiempos modernos. Había sido un método preponderante de control social a lo largo del período premoderno. Lo que efectivamente sucedió a principios de la edad moderna fue la bancarrota de los agentes tradicionales del poder de vigilancia. En consecuencia, el control disciplinario no podía ejercerse prosaica y prácticamente, como en el pasado. Ahora era visible (...) para ocuparse de esa tarea era necesario un nuevo agente, más poderoso (...) el estado.

(...) La urbanización de la pobreza, una pobreza nacida en el campo pero que se manifestaba en la ciudad, creó problemas de orden público, amenazó la salud pública y puso en tensión las pautas tradicionales de aprovisionamiento. (...)

(...) Los legisladores pronto se dieron cuenta de que el núcleo de la cuestión era la aterrizadora capacidad de los vagabundos para escabullirse de la vigilancia de las redes locales de control. (...)

El método más simple [para hacerlos susceptibles de vigilancia] lo sugirió una práctica conocida por todo criador de ganado: el marcado. (...)

Pero la más seminal de todas las reacciones (...) fue la invención del confinamiento forzoso. (...)

El cambio más importante fue quizás el hecho de poner fin a la reciprocidad de la vigilancia (...) las nuevas instituciones se fundaban en una asimetría de control (...) los vigilantes y los vigilados. (...) no era una invención novedosa; había sido un factor constante en todos los tipos conocidos de sociedad. En las sociedades premodernas, sin embargo, se relacionaba con la posesión de objetos más que con sus poseedores; con las cosas más que con la gente (con unas pocas excepciones notorias como los ejércitos permanentes o los monasterios). La asimetría de poder funcionaba principalmente en el área de la redistribución del excedente social, cuando los productores eran presionados o forzados contra su voluntad a desprenderse de una parte de su producto en beneficio de sus superiores. (...) El poder del príncipe o el señor feudal estaba alejado de la vida cotidiana de sus súbditos. Irregularmente aplicado (a menudo sólo en ciclos anuales) y centrado exclusivamente en la reasignación de cosas, podía limitarse a la violencia

como la única relación entre los dueños del poder y sus súbditos. Era necesario convencer a los productores de que oponer resistencia a la expropiación era insensato y estaba condenado al fracaso; por lo común, esa convicción asumía la forma de una creencia en garantías sobrehumanas de ese deber. (...) La vida cotidiana de los súbditos de la autoridad principesca estaba, sin duda, sujeta a una constante vigilancia (...) sin embargo, se trataba de una vigilancia difusa, una actividad en la que tomaban parte, sucesiva o simultáneamente, todos los miembros de la comunidad. (...) Lo que los antropólogos llaman “reciprocidad generalizada”, en la que el derecho de ejercer el control estaba legitimado por el que tenía el controlado de hacer la recíproca en la misma u otra oportunidad.

Las instituciones que el grandioso proyecto del “Panóptico” de Bentham representaban simbólicamente fueron las primeras en aplicarse en escala masiva, como una tecnología “normal” del poder en la sociedad, una asimetría de vigilancia. Ésta puso a la mayoría, los objetos del poder, en la posición permanente de “los observados/vigilados”, sin derecho ni esperanza realista de hacer alguna vez la recíproca o intercambiar lugares con sus vigilantes. Este cambio introdujo la división del poder en las instituciones y produjo como secuelas dos innovaciones de mucha importancia. Primero, la continuidad absoluta de la vigilancia unidireccional generó condiciones de una calidad completamente nueva para el control (...). El comportamiento de los sujetos (...) ahora también podía regimentarse todo su modo de vida, fundirlo en un molde deseable, regularizarlo. (...) Segundo, la unidireccionalidad de la vigilancia continua uniformó la definición social de los vigilados; en cuanto definidos por las relaciones de poder, todos eran especímenes de la misma categoría. (...)

Otra consecuencia de largo alcance de la asimetría de la vigilancia es la necesidad de tener un especialista en un lugar de supervisión. (...)

El papel de un experto o un especialista sólo puede surgir en condiciones en que una asimetría permanente de poder apunta a modelar o modificar la conducta humana. Dicho papel fue, en efecto, otra consecuencia del impetuoso cambio de frente del poder social asociado con el nacimiento de la edad moderna. Su espectacular ascenso fue un resultado de la nueva comprensión de que la conducta humana ajustada al mantenimiento del orden social deseado no puede dejarse librada a la discrecionalidad individual o a las “fuerzas naturales” que en el pasado parecieron encargarse tan bien de ella. La institucionalización de la vigilancia asimétrica proporcionó una estructura arquetípica en la cual esa comprensión de la “insuficiencia”, “incompletitud” o “inmadurez intrínseca” de los seres humanos podía reelaborarse como acción práctica. Esta práctica, sin embargo, que en un lado reprodujo y “objetivó” las imperfecciones del individuo humano, fijó en el otro extremo del espectro del poder el papel del educador, el especialista en elevar a los seres humanos al nivel de perfección requerida por el orden social, apropiadamente rebautizado “bien común”. (...) El poder necesita el conocimiento; el conocimiento presta legitimidad y eficiencia (no necesariamente desconectadas) al poder. La posesión de conocimiento es poder. (...)

Lo verdaderamente nuevo en la configuración moderna del poder fue la secularización de las técnicas pastoral y proselitista; (...) su emancipación del cuerpo jerárquico de la Iglesia y su despliegue al servicio del estado.”